

Más libros:
ARTNOVELA.COM.AR
<http://www.artnovela.com.ar/>

El club de los asesinos
Autor: Nicholas Blake
Pinturas: Jorge Alvaro

No -pensó Nigel Strangeways, mientras echaba un vistazo alrededor de la mesa-, nadie lo adivinaría." Desde el momento en que se habían reunido en la antesala para tomar una copa de jerez, un cuarto de hora antes, el nerviosismo de Nigel había ido aumentando paulatinamente, un nerviosismo que parecía desproporcionado en relación con su causa: el compromiso de pronunciar un discurso después de la cena. Era cierto que, dada su condición de invitado de honor, todos esperarían de él algo más que los habituales comentarios joviales. Por otra parte, las características de los presentes anticipaban que debería enfrentarse a un público particularmente crítico. Sin embargo, no era la primera vez que pronunciaba un discurso y estaba seguro de sus cualidades para salir airoso de la empresa. ¿A qué se debía entonces la ansiedad? Cuando todo hubo acabado, Nigel sintió la tentación de reemplazar la palabra nerviosismo por presentimiento y se preguntó si debería haber pregonado sus extraños presagios a los cuatro vientos, como Casandra, aun a riesgo de estropear lo que prometía ser una velada perfecta. al fin y al cabo, la cena se había estropeado de todos modos; y muy pronto. Sin embargo, pensándolo bien, no habría conseguido cambiar nada.

En un esfuerzo por despejar aquella nubecilla de intranquilidad, Nigel comenzó a practicar en silencio el viejo juego de adivinar la identidad de los presentes. Los rostros de la mayoría de aquellos veinte invitados singulares tenía una sorprendente uniformidad. Las mujeres -sólo tres- parecían sencillas, divertidas, despreocupadamente desaliñadas. Tras reflexionar unos instantes, Nigel decidió que los hombres se asemejaban a un grupo de inspectores de sanidad o de cualquier clase de funcionarios públicos de poca monta. La mayoría eran pequeños, con bigotes caídos, gafas con monturas doradas y un aire de relativa incompetencia. Aunque, naturalmente, había excepciones. No era difícil reconocer al anciano sentado en el centro de la mesa, con cara de sabueso retirado y malhumorado. Incluso sin chistera y sin la peluca con que solía asociarlo el público, resultaba sencillo adivinar que se trataba de lord Justice Pottinger, el juez criminalista más célebre de su generación. Otro tanto ocurría con la cara leonina y movediza de su izquierda, un rostro más fotografiado por la prensa que el de cualquier belleza de sociedad; y con razón, pues se rumoreaba que la hábil lengua de sir Eldred Travers había conseguido salvar a tantos asesinos como Pottinger había enviado a la horca. Había otras excepciones, como el joven moreno, con aspecto de poeta, que amasaba bolitas de pan a la derecha de Nigel.

-No -dijo Nigel, esta vez en voz alta-. Nadie lo adivinaría.

-¿Qué es lo que adivinarían? -preguntó el joven moreno.

-El carácter sanguinario de esta velada.

Tomó la carta del menú, en cuya parte superior se leía en letras rojas: Cena de los Asesinos - 20 de diciembre.

-No -dijo el joven con una risita-. Debo admitir que no tenemos aspecto de asesinos. Ni siquiera de asesinos por poder.

-¡Vaya! ¿Usted también es del oficio?

-Sí. Debería haberme presentado. Me llamo Herbert Dale.

Nigel miró al joven con mayor interés. Aunque Dale sólo había publicado dos novelas policíacas, ya era aceptado como miembro de la elite de escritores del género; de lo contrario, no habría podido formar parte del selecto Club de los Asesinos que, aparte de un representante de la judicatura, otro del cuerpo de abogados y un tercero de Scotland Yard, estaba integrado exclusivamente por los reyes de la literatura policíaca.

En ese momento, Nigel observó dos cosas: que la mano que no dejaba de amasar bolitas de pan temblaba y que sobre la brillante superficie del menú que Dale acababa de dejar sobre la mesa estaba impresa la marca húmeda de sus dedos.

-¿Usted también debe pronunciar un discurso?

-¿Yo? Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo?

-Tengo la impresión de que está nervioso -respondió Nigel con su habitual sinceridad.

El joven rió, quizá demasiado alto, y, como ante una señal convenida, se produjo uno de esos silencios absolutos e inesperados entre la concurrencia. Incluso los ruidos de la calle parecían amortiguados, como si alguien hubiera apretado un enorme pedal de sordina. Nigel comprendió que debía de haber estado nevando desde poco después de su llegada y experimentó una desagradable sensación de inquietud. Molesto con esa sensación -pensó con irritación que un detective no tenía derecho a sentir presentimientos, ni siquiera un detective privado tan célebre como Nigel Strangeways-, se obligó a mirar alrededor de la sala resplandeciente, a las caras animadas aunque extrañamente anodinas de los comensales, al maître d'hôtel con sus guantes blancos -inmaculados y tersos como su propio rostro-, a los camareros imperturbables. Todo era perfectamente normal, sin embargo... Un misterioso motivo para el que jamás hallaría una explicación satisfactoria lo indujo a romper el profundo silencio: -Este sería un escenario maravilloso para un crimen.

Si en ese momento Nigel hubiera mirado en la dirección apropiada, quizá los acontecimientos habrían seguido un curso muy diferente. Pero, tal como sucedieron las cosas, ni siquiera pudo reparar en el hecho de que la copa de Dale tembló entre sus manos, derramando unas gotas de jerez sobre la mesa.

La conversación se reinició de inmediato. Un hombre situado tres sitios más allá, a la derecha de Nigel, levantó la cabeza que hasta el momento había permanecido casi enterrada en el plato de sopa y dijo: -¡De eso nada! En un sitio como éste nunca podría cometerse un crimen. Mis respetables colegas son gente de paz; dudo que alguno de ellos sea capaz de espantar a un ganso. Claro que les gustaría ser hombres de acción, tipos duros. ¡Pero mírelos! Precisamente por eso se convirtieron en escritores de novelas policíacas. Los psicoanalistas lo llaman proyección del deseo, aunque tampoco me fío mucho de esos tipos. Sin embargo, derramar sangre sobre el papel no entraña demasiados riesgos. -El hombre volvió los labios gruesos y los pequeños ojos arrogantes hacia Nigel-. El problema con ustedes, los investigadores aficionados, es que son demasiado románticos. Por eso la policía les gana siempre por la mano.

-En eso se equivoca, Carruthers -exclamó un hombre corpulento de piel olivácea, sentado frente a él-. No siempre hemos conseguido ganar por la mano a Strangeways en el pasado.

-De modo que nuestro agresivo amigo es nada más y nada menos que el mismísimo David Carruthers. Vaya, vaya -murmuró Nigel a Dale.

-Sí -dijo Dale sin cambiar en absoluto el tono de voz-. Un tipo sórdido, ¿verdad? Aunque sabe conquistar al público. Nosostros vendemos miles de ejemplares, pero David vende cientos de miles. Sin embargo, y a pesar de su pedantería, creo que en el fondo no es más que un cobarde. Estaría bien que alguien decidiera quitarlo de en medio durante esta cena, aunque sólo fuera para demostrarle que no es tan infalible como cree.

Carruthers le dirigió una mirada fulminante.

-¿Por qué no lo intenta usted? Así conseguiría un poco de publicidad. Incluso es probable que lograra vender algún libro. Sin embargo -continuó dando una palmada en el hombro a un hombre pequeño, de aspecto insignificante, sentado entre Dale y él-, creo que Crippen sería el primer voluntario. Le gustaría deshacerse de mí, ¿verdad Crippen?

-No sea ridículo, Carruthers -dijo el hombrecillo con voz tensa-. Ya debe de estar borracho. Y le agradecería que recordara que mi nombre es Cripps.

En ese momento intervino el presidente, cambiando precipitadamente de tema, y la conversación recuperó su tono ligero. Mientras daban cuenta de un apetitoso plato de trucha, un camarero informó a Dale de lo llamaban por teléfono y el joven se retiró. Cuando Nigel intentaba oír la intrincada historia del presidente y descifrar la extraña expresión de Cripps, se cortó la luz...

Hubo unos instantes de silenciosa confusión, seguida de un torrente de comentarios; esa especie de forzada jocosidad con que el hombre se consuela ante la oscuridad súbita. Nigel oía movimientos a su alrededor: sillas que se arrastraban, ruidos de pasos presurosos amortiguados por la alfombra, sin duda procedentes de los camareros. En un extremo de la mesa, alguien encendió estúpidamente una cerilla, que no hizo otra cosa que acentuar la oscuridad.

-¿Por qué no encienden las velas, Stevens? -exclamó el presidente con irritación.

-Lo lamento, señor -respondió la voz del maître-, pero no tenemos velas. Harry, corre a mirar los contadores y dime qué ha ocurrido.

La puerta golpeó detrás del camarero. Menos de un minuto después, volvió la luz. Los comensales se miraron entre sí, parpadeando como un grupo de buceadores que emerge a la superficie. Nigel notó que la cabeza de Carruthers estaba aún más cerca del plato. Era extraño que hubiera continuado comiendo durante el apagón... Pero no, la cabeza estaba directamente encima de la comida, como si fuera Juan el Bautista. Y entre sus omóplatos sobresalía una empuñadura blanca... ¡Cielos, no podía ser, era demasiado macabro!, pero sí, era el mango de un cuchillo de pescado.

El juez Pottinger dejó escapar una especie de graznido. Todos los ojos se volvieron hacia donde señalaba su mano temblorosa y, desorbitados de horror, volvieron absurdamente a

-¡Por todos los santos! -fue lo único que pudo decir el juez.

Pero alguien se apresuró a tomar cartas en el asunto. El hombre corpulento que estaba sentado frente a Carruthers se puso de pie, de espaldas a la puerta, y ordenó: -Permanezcan todos donde están. Me temo que no hay duda sobre lo ocurrido. Debo hacerme cargo del caso de inmediato. Strangeways, ¿quiere llamar a Scotland Yard? Necesitamos un forense, un experto en huellas dactilares, un fotógrafo... Ya sabe, todo el equipo.

Nigel se incorporó en el acto. Poco antes había echado un vistazo a la estancia y había notado algo raro, como si faltara alguna cosa, aunque no conseguía concretar de qué se trataba.

Bueno, quizá lo recordara más tarde. Cuando se dirigía a la puerta, ésta se abrió con brusquedad, empujando al hombre corpulento. Se oyó una exclamación colectiva de horror, como si todo el mundo esperara ver entrar a alguien con las manos ensangrentadas. Era el joven Dale, algo pálido, aunque con expresión risueña.

-¿Qué demonios...? -comenzó a decir, pero se interrumpió al ver lo sucedido.

Una hora después, Nigel y el hombre corpulento, el superintendente Bateman, estaban solos en la antesala. Los reyes de la novela policíaca se hallaban reunidos en otra habitación, murmurando con tono escandalizado.

-No saben apreciar un caso real, ¿verdad? -había comentado el superintendente con ironía-. No les vendrá nada mal toparse con un crimen auténtico por una vez en la vida. Les deseo suerte.

-Bien -decía ahora-, no parece que la muerte de Carruthers sea una gran pérdida para el mundo. Nadie tenía nada bueno que decir de él. Demasiada comida, demasiada bebida, demasiadas mujeres... Aunque eso no nos proporciona un móvil. Tenemos a ese tal Cripps. Carruthers insinuó que le habría gustado deshacerse de él. ¿A qué cree que se refería?

-Ni idea. Cripps no nos dio ninguna pista cuando lo interrogamos.

-Pudo haber sido él. Lo único que tuvo que hacer durante el apagón fue acercarse a la mesa de los camareros, tomar el cuchillo que se encontraba más a mano (quizás lo confundiera con un cuchillo de carne), apuñalarlo y sentarse aparentando inocencia.

-Sí, pudo envolver el mango en un pañuelo; de ese modo se explicaría la ausencia de huellas dactilares. Por otra parte, nadie puede jurar que permaneciera en su sitio, pues Dale estaba en el lavabo y ya es algo tarde para preguntarle a Carruthers, que se hallaba sentado al otro lado. Pero si de verdad lo hizo, tuvo mucha suerte.

-Luego tenemos al joven Dale -dijo Bateman, mientras se mordisqueaba el pulgar-. Antes del asesinato habló demasiado abiertamente sobre la posibilidad de quitar de en medio a Carruthers. Podría tratarse de un doble farol. No hay duda sobre el testimonio del camarero: por lo visto, alguien manipuló el interruptor general del contador. ¿Qué me dice de eso? Dale hace que lo llamen por teléfono durante la cena, contesta la llamada y luego corta la luz, con guantes, supongo, porque las únicas huellas dactilares que hay en el contador son del camarero; luego vuelve, amparado por la oscuridad, apuñala a nuestro hombre y vuelve a salir.

-Mmm -rumió Nigel-, pero nos falta el móvil. ¿Y dónde están los guantes? Además, si el crimen fue premeditado, ¿por qué usó un arma tan estrafalaria?

-Si escondió los guantes, los encontraremos y...

El superintendente se interrumpió al oír el teléfono situado junto a su codo. Mantuvo una breve conversación y se giró hacia Nigel: -Era el hombre que mandé a interrogar a Morton, el tipo que llamó a Dale durante la cena. Jura que estuvo hablando con Dale entre tres y cinco minutos. Eso parece descartar a Dale, a menos que sean cómplices.

En ese momento entró un policía de paisano con una sonrisa de mal disimulada satisfacción y entregó al superintendente un par de guantes de cabritilla negros enrollados.

-Estaban escondidos entre las cañerías del lavabo, señor.

Bateman los desenrolló. Tenían los dedos manchados. miró los puños y se los pasó a Nigel, señalándole unas iniciales grabadas en la piel.

-Vaya, vaya -dijo Nigel-. H.D. Hagámosle entrar otra vez. Parece que la llamada formaba parte de una confabulación.

-Sí. Ya lo tenemos.

Pero cuando el joven entró y vio los guantes sobre la mesa, su reacción fue muy distinta de la que esperaba el superintendente. Su cara reflejó alivio, en lugar de culpa.

-¡Qué estúpido! -dijo-. Perdí la cabeza después de... Pero sería mejor que empiece por el principio. Carruthers siempre estaba alardeando de su dominio de sí mismo y de las situaciones difíciles en que se había encontrado a lo largo de su vida. Era un tipo venenoso. Así que Morton y yo decidimos jugarle una mala pasada. Quedamos en que él me llamaba, yo salía y cortaba la luz y luego regresaba y fingía estrangular a Carruthers, sólo para darle un buen susto. Luego le dejaría una nota escalofriante en el plato, explicándole que aquello era sólo una advertencia y que la próxima vez el Desconocido cumpliría su cometido. Supusimos que cuando se encendieran las luces estaría sollozando de miedo. Bueno, todo salió según lo previsto hasta que llegué detrás de Carruthers, entonces toqué el cuchillo y comprendí que alguien se me había adelantado, pero asesinandolo de verdad. Me asusté y perdí la cabeza, sobre todo cuando advertí que me había manchado los guantes con sangre. De modo que los escondí y quemé el mensaje. Qué insensato. Todo el plan fue una insensatez; ahora lo comprendo.

-¿Por qué usó guantes? -preguntó Nigel.

-Dicen que las manos y la pechera de la camisa suelen verse en la oscuridad, así que me puse guantes y me cerré el abrigo con un imperdible. No es mi intención enseñarles su oficio, señores -añadió con tono despectivo-, pero ¿creen que si hubiera querido asesinarlo me habría puesto unos guantes con mis iniciales grabadas?

-Quizá no -dijo Bateman con frialdad-, pero de todos modos debo advertirle que se encuentra en una situación...

-Un momento -interrumpió Nigel-, ¿por qué cree que Cripps quería deshacerse de Carruthers?

-Eso deberían preguntárselo al interesado. Si él no quiere decirlo, no creo que yo...

-No sea imbécil. Se encuentra en una posición demasiado delicada para permitirse el lujo de comportarse como un caballero.

-Muy bien. Es probable que Cripps sea un hombrecillo de pocas luces, pero también es un buen tipo. En una ocasión me contó, confidencialmente, que Carruthers le había robado una idea para una novela y que gracias a ella había conseguido escribir un best seller. Pero... ¡caramba!, nadie comete un asesinato por una minucia semejante.

-Eso es algo que debemos juzgar nosotros, Dale -dijo el superintendente.

Una vez que el joven se hubo retirado, bajo la estrecha vigilancia de un policía, Bateman se volvió hacia Nigel con aire cansado.

-En fin -dijo-, es probable que haya sido Dale, o quizá Cripps. Pero con tantos escritores de novelas policíacas presentes, podría haber sido cualquiera.

Nigel se puso de pie.

-Sí -exclamó-, precisamente por eso no se nos ha ocurrido pensar en nadie más. Y... -sus ojos se iluminaron-. ¡Demonios!, ahora recuerdo el detalle que faltaba. ¡De prisa! ¿Siguen aquí todos los camareros y el personal del restaurante?

-Sí. Los hemos hecho esperar en el comedor. ¿Pero a qué se refiere con...?

Nigel corrió al comedor, con Bateman pisándole los talones, y se asomó a una ventana que tenía el panel superior abierto.

-¿Qué hay allí abajo? -le preguntó al maître.

-Un patio, señor, adonde dan las ventanas de la cocina.

-Y ahora, dígame: ¿dónde estaba sentado sir Eldred Travers?

El maître señaló el sitio sin vacilar. Su rostro imperturbable no reflejó el menor indicio de sorpresa.

-Bien. ¿Puede pedirle que entre aquí un momento, por favor? A propósito -añadió cuando el maître llegó junto a la puerta-. ¿dónde están sus guantes?

-¿Mis guantes, señor? -preguntó el hombre con un rápido parpadeo.

-Sí. Antes del apagón usted llevaba guantes blancos, pero cuando volvió la luz ya no los tenía puestos. ¿Por casualidad se encuentran en el patio?

El maître echó una mirada desesperada alrededor y se despojó de su máscara de indiferencia. Luego se dejó caer en una silla, sollozando.

-Mi hija... se suicidó... Ese hombre le arruinó la vida. Cuando se cortó la luz, no pude contenerme. Era mi gran oportunidad. Se lo merecía. No lo lamento.

-Sí -dijo Nigel diez minutos después-, no pudo contenerse y tomó el arma que encontró más a mano. Después, consciente de que registrarían a todo el mundo, arrojó los guantes por la ventana. Con un poco de suerte tendría ocasión de recogerlos antes de que la policía revisara el patio. Y a menos que uno supiera lo que buscaba, no podría distinguirlos en el suelo cubierto de nieve, pues eran blancos.

-Pero, ¿por qué lo interrogó sobre sir Eldred Travers? -preguntó el superintendente.

-Sólo pretendía hacerle bajar la guardia y apartarlo de la ventana. Podría haber intentado seguir el camino de los guantes.

-Bueno, de no haber sido por su presencia aquí, ese cuchillo de pescado habría cortado una buena tajada de mala suerte para el joven Dale -dijo el superintendente, intentando ser ingenioso-. ¿Por qué sonrías?

-Estaba pensando que ésta debe ser la primera vez que un juez tiene oportunidad de presenciar un asesinato.

Nicholas Blake, El club de los asesinos (10 relatos de detectives, Plaza & Janés)